

de la plaza principal de la Villa. Con la cooperacion del Ayuntamiento de Quiroga y á expensas de los indígenas de Santa Fé de la Laguna, se comenzó la construccion de una fuente en la plaza de este pueblo.

Recien convertidos los indígenas al cristianismo, hubo en Cocupao un convento de franciscanos, que servian el curato secularizado el año de 1787. El templo levantado por esos religiosos, fué decorado despues de la Independencia y restaurado en 1859, por haber quedado en mala situacion á consecuencia del terremoto de 19 de Junio del año anterior, en que ocurrió el desplome de la torre sobre el artesonado de madera. En una capilla de aquel templo se tributa culto á San Antonio de Padua. La iglesia del hospital de indios es muy antigua. Una capilla pequeña, llamada el Calvario, está en la subida de una loma, en los suburbios de la poblacion.

El cielo de Cocupao es apacible, el temperamento benigno, saludables las aguas, fecundá la tierra en flores, frutas y semillas; situado en el término de un espacioso llano y punto de tránsito, tiene los víveres necesarios para la vida y abunda el pescado recogido en la laguna.

TZINTZUNTZAN.

(Corte de los antiguos reyes de Michoacan.)

Tzintzuntzan carece actualmente de importancia, por el corto número de sus habitantes, por la falta de ilustracion y engrandecimiento material y solamente se le considera por sus recuerdos históricos. Corte de los antiguos reyes tarascos, llegó á tener hasta cuarenta mil habitantes; pero hoy sus calles están desiertas, en ruina sus edificios y los pocos moradores permanecen en la abyeccion y en la ignorancia; quedan en sus alrededores muchos cerritos artificiales, que se cree ocultan antiguos palacios de los reyes de Michoacan, edificios en que se encontrarían preciosas antigüedades si se llegara á hacer escavaciones. Que Tzintzuntzan fué la corte de los reyes tarascos, está comprobado con la informacion hecha, en 1564, ante Juan de Vera, alcalde ordinario de la ciudad de Valladolid, por testigos contemporáneos á los reyes; tambien lo afirman los Padres escritores Basalenque y La Rea.

Verificada la emigracion de los aztecas, atravesaron la provincia llamada Michoacan, nombre derivado del mucho y exquisito pescado que allí se recoge en los rios y espaciosas lagunas. Cuentan los historiadores antiguos de Michoacan, que los mexicanos dejaron en aquella provincia á una parte de sus compañeros, quitándoles hasta los vestidos cuando estaban en el baño y que de allí dimanó la cruda guerra y el encono que se tuvieron los tarascos y los mexicanos. Separados los tarascos y en contacto con las naciones comarcanas á la sierra, fueron poco á poco mudando la lengua materna; pero aunque esos dos idiomas convienen en tal

ó cual partícula, son muy diferentes en vocablos y pronunciaci6n. Por otra parte, se sabe que conservaron ambas naciones el mismo culto y adoraci6n al ídolo Huitzilopochtli, y que los tarascos dieron el nombre de Tzintzuntzan, esto es, pájaro verde, á su primera poblaci6n, y esa fué la figura con que pintaban en su origen á su ídolo, sin que quede más duda sería que la que se refiere al idioma, pues no satisfacen las explicaciones.

Un hecho indiscutible fué, que los mexicanos y los tarascos permanecieron siempre enemigos sin que lograran los primeros domar el valor y la altivez de los otros, siendo notables las grandes batallas que Moctezuma dió contra el gran Caltzontzíz Sinsicha, al que jamás llegó á sujetar; de tan porfiada resistencia vino el nombre de gran Caltzontzíz, que quiere decir: *el que siempre está calzado con cacle*, á causa de que, contra la costumbre entre los demás reyes tributarios del Emperador, nunca se descalzaba el de Michoacan en presencia de éste, por no haber sido ni su tributario ni su inferior. Algunos escritores, entre ellos Herrera, opinan que por el contrario es un nombre despreciativo.

Los tarascos no conservaron la cronología de sus reyes, ni los nombres, á no ser el de Chiguanga y los de Sinsicha, Tanguajuan y Characu ó rey niño, aunque hubo muchos con absoluto dominio en la costa de Tzintzuntzan, donde aun quedan las ruinas del palacio real, cerca del pueblo de Yugatzio y á orillas de la laguna de Sirahuen.

Los pobladores indígenas de Michoacan, llevaron consigo semillas y sembraron principalmente el algod6n; despues se dedicaron á la industria. Los antiguos tarascos semejóbanse á los mexicanos en el vestido: ropas largas hasta la rodilla y encima mantas terciadas como las tilmas de los mexicanos, formando nudo sobre uno de los hombros; el calzado era de cuero de venado con cordones que lo ajustaban sobre el tobillo; los plebeyos llevaban solamente lo que se llama tapa-rabo. Adornábanse las cabezas con plumas; las indias y los magnates se levantaban el pelo y lo amarraban al rededor de la cabeza con cordones de algod6n de diversos colores; los demás llevaban el pelo suelto adornado á lo más con una pluma; usaban sandalias de cuero curtido ó de hilo de maguey pintado y curiosamente compuestas. En las casas habia esteras de palma y de tule y servíanse en muchos casos de navajas de pedernal.

Los michoacanos eran robustos y trabajadores, manejaban muy bien el arco y la flecha y eran muy belicosos; iban á la campaña pintados de blanco, negro y amarillo, llevaban petos de maguey y mostraban gran empeño en tomar cautivos para sacrificarlos á sus dioses; tenian músicas guerreras y sus estandartes de pluma estaban bordados de colores; habian establecido premios para las acciones gloriosas. Los tarascos se embriagaban con vino de maíz en sus bailes y fiestas, jugaban á la pelota y castigaban con dureza el ultraje cometido al forzar á una muger, lo mismo que el hurto y el homicidio; los ministros de justicia usaban varas gruesas, adornadas con plumas de colores; unas pedrezuelas engastadas en las varas sonaban á manera de cascabeles.

El poder del rey era absoluto, completa la servidumbre de los súbditos y solamente los caciques gozaban alguna consideraci6n, á trueque de estar listos para ayudar al monarca en la guerra. Muchos indios jamás pudieron sujetarse á una vida racional; eran muy dados á la idolatría y á los sacrificios humanos, presentándose el sacerdote con el rostro renegrado, los cabellos enmarañados, ceñida la frente con una cinta de cuero, ataviado con vestiduras blancas labradas de negro y llevando en las manos rodelas de plumas; sacaba el corazon todavía palpitante y lo ofrecía á sus falsos dioses, despues lo ponía en un vaso muy bien pulido y tenia libertad para comérselo.

Los tarascos hacían con gran solemnidad los entierros de sus reyes, siendo Michoacan donde mas se ostentó la magnífica pompa al darles sepultura. Cuando se anunciaba la última enfermedad, acudían los médicos que eran empíricos herbolarios; á la muerte y al entierro habian de estar presentes todos los magnates del reino, que debían conducir al difunto y amortajarlo con las ceremonias prescritas; lavaban el cuerpo, le vestían una camisa y le calzaban el cacle, le ponían en los tobillos cascabeles de oro y en las muñecas unas sartas de turquesas; en la cabeza le entrenzaban el pelo con joyas, poníanle en la garganta ricos collares y gargantillas y en las orejas arillos ú orejeras de oro, atábanle en los brazos brazaletes del mismo precioso metal y en la boca le ponían un broche de esmeralda llamado *tentell*. Formaban el féretro de un tablado alto y lo cubrían con una manta en que estaba pintado un cadáver con los mismos adornos.

Ejecutábase en seguida la prescripci6n de que muerto el rey perecieran los que le habian de servir en el otro mundo, así hombres como mugeres, señalados por el que gobernaba, y le enviaban hasta un narrador de cuentos, un tabernero y músicos. Todas estas víctimas eran sacadas á media noche, adornadas con guirnaldas de flores y pintadas con tinta amarilla de *zacatlaxcale*; formaban procesi6n presidida por las andas en que llevaban al difunto; caminaban entre el ruido de las bocinas y los caracoles, entre multitud de luces y tañendo con huesos de caiman unas rodelas de tortugas, cuyos sonidos se mezclaban con las canciones de tono lúgubre, compuestas en alabanza del difunto.

Llegada la comitiva á los patios del templo, donde estaba preparada una gran pira de leña seca, daban cuatro vueltas al rededor de ella, colocaban en el último tramo de la hoguera al difunto y al renovar los parientes los cantos fúnebres prendían el fuego; al levantarse violenta la llama, eran matados con porras y macanas todos los criados que habian de servir al rey en la otra vida, embriagándolos primero para quitarles el temor de morir, que es tan natural. Estos cadáveres eran enterrados detrás del templo, con todos los adornos, joyas é instrumentos que llevaban; los arrojaban en profundos hoyos de los que habian de pasar al abismo.

Reducido á cenizas el cuerpo del rey, juntaban estos despojos de la muerte con las joyas derretidas y las piedras preciosas que habian escapado del fuego y formaban con todo un bulto adornado con las mismas galas que el féretro, le figuraban el rostro con una máscara, poníanle una rodela, un arco y una flecha y le da-

ban sepultura sobre esteras, en una cama compuesta de rodela de oro y muchos objetos de plata; tambien colocaban jarras con vino de maíz y diversas viandas. El sacerdote principal ponía el bulto dentro de una tinaja, con el figurado rostro hacia el Oriente. Arrojan á la fosa muchas mantas, petacas de caña, llenas de pluma-je y los aderezos con que el rey solía bailar y concurrir á las fiestas; cubrían todo con tablas y vigas embarnizadas, cerrando aquello como con una bóveda. El duelo duraba cinco dias, por espacio de los cuales en ningun lugar se encendia fuego ni se molía maíz, cesaban los *tianguis* y todos se retiraban á sus casas, ayunando en memoria del rey difunto. Los señores de las provincias se turnaban para velar sobre el sepulcro, llorando.

En los demás entierros de los tarascos, se ejecutaban ceremonias segun la posibilidad de cada uno; las tumbas se abrian en los campos y se designaba siempre la falda de los cerros. Hay rastro de sepulcros en todo el mal-país y contornos de Tzintzuntzan, cerca de la hacienda de Itziparamuco: ahondando la tierra se han encontrado objetos muy bien labrados, algunos instrumentos de cobre y piezas de barro muy bien trabajadas.

La historia de los antiguos michoacanos no está bien conocida; la verdad es que se ignora el origen de sus habitantes, llamados tarascos, pues apenas se puede dar crédito á las fábulas que refieren los historiadores, en todo lo demás dignos de crédito; pero en esta materia refutados juiciosamente por Clavijero. El padre La Rea, sin hacer mérito de anécdotas que no resisten al análisis más ligero, como el robo de la ropa en el baño, cree sin embargo, que los pobladores de Michoacan fueron restos de las primeras familias mexicanas, que pasando por allí llegaron en su mayor parte hasta el Valle de México; no obstante la respetable autoridad de este escritor, se encuentra dificultad en admitir para los tarascos el origen de los mexicanos, por la diferencia de idiomas tan distintos, y porque no se puede conceder que las tribus separadas hubieran de cambiarlo espontáneamente y mucho ménos inventar otro tan diverso.

Tambien se ignora la série de sus reyes y todos los sucesivos acontecimientos de su historia. Las antiguas crónicas se extienden algo solamente con respecto á la época de la invasion de los españoles y algunos acontecimientos en la parte que se liga con la historia del imperio mexicano, que jamás pudo reducir á los valientes tarascos, conservándose principalmente el recuerdo de la derrota que sufrió Axayacatl, sexto rey azteca.

El cacique D. Francisco Pantecatl, dejó una relacion sobre los primeros pobladores de Nueva-España; supone á las tribus venidas del Norte, entrando á la provincia de los tarascos, á la cual llamaron Michoacan, por Pénjamo y Conguripo, hasta llegar á la laguna de Tzintzuntzan. Al seguir la marcha los aztecas, dejaron una familia con los tarascos. El noble Tzilantzi se quedó con su familia, y pobló la ciudad de Huitzilila, que despues se llamó Tzintzuntzan, adornándola con buenos edificios. Los aztecas segregados olvidaron su idioma y de Tzilantzi descendieron los reyes de Michoacan. La Rea dice que en Tzintzuntzan fué levanta-

do un altar á Huitzilopochtli, nombre que tiene la misma significacion que Tzintzuntzan.

Puede afirmarse que las tribus indígenas fueron atraídas y se radicaron en Michoacan por la abundancia en los reinos vegetal y mineral. Las serranías tienen multitud de pinos y encinos, ébano y durísimo tapincerán y una madera de color pardo, veteada de negro, con la cual hacen imágenes de santos y se llama *Ayaquecueramo*.

Entre los tarascos gentiles se verificaban los sacrificios de la misma manera que entre los demás indígenas de las otras provincias; sacaban de la víctima el corazón caliente, que ofrecían á la deidad cuya proteccion imploraban, ya fuera dios del fuego, del agua ó del buen tiempo. El ídolo principal estuvo en Zacapu, levantáronle el templo en la cima de un monte y allí se hallaba el sumo sacerdote, venerado aun por el rey Caltzontzi ó *calzado con cacle*; comunicábase aquel lugar con Zirándaro por agua y siguiendo por cinco leguas una calzada de piedras que aun subsiste en nuestros dias. El ídolo era grande y sus particulares adornos rodajas de plata en las orejas y la nariz.

Algunos actos verificados ante aquel ídolo, eran muy imponentes. A la media noche sacaban del palacio á los esclavos que iban á ser sacrificados, adornándoles las cabezas con guirnaldas y pintados con una tinta amarilla, los formaban en procesion marchando al fúnebre sonido de las rodelas de tortuga, golpeadas con huesos de caiman y con ruido de trompetas se llegaba al patio del *teocalli* ó templo. Los que morían al ser quemado el cuerpo de un superior, eran enterrados detrás del templo del dios Curicaneri.

Fué de notar la energía y el valor que mostraron los tarascos frente al imperio azteca, que habia logrado someter á su yugo gran número de naciones indígenas. Una vez fueron invadidos por los mexicanos, á cuya cabeza convino en ir el tlaxcalteca Tlahuicole; los mexicanos publicaron sus designios y fué tan reñida la batalla, que por una y otra parte se experimentó grande estrago, quedando indeciso el éxito. Las osamentas humanas que aun se encuentran entre Maravario y Zitácuaro, pregonan la memoria de una célebre batalla en que el rey de Michoacan obtuvo la victoria, resistiendo al mayor ejército que vieron estos países en la gentilidad. Se refiere que para triunfar usaron los tarascos de un ardid; reunieron muchos bastimentos y presentándose frente al ejército mexicano, pusieron á la vista todos los comestibles y las bebidas; al primer ataque fingieron huir para atraer á sus contrarios hasta donde estaban las provisiones, sobre las cuales cayeron los mexicanos y se entregaban á saciar el hambre, cuando se devolvieron los tarascos y tomaron presos á muchos tecos y matlalzingas, con quienes, dice el Padre La Rea, fundaron el pueblo de Charo, encomienda que fué del marqués del Valle; los tecos fueron llevados á la corte de Caltzontzi y ciudad de Pátzcuaro, donde permanecieron y se les consideraba inferiores á los tarascos.

La viveza de ingenio del tarasco es innegable, y no limita su actividad á determinada materia; sus artefactos han tenido mucha nombradía; entre esos indígenas